



XVII.

BATALLAS EN LA MAR.

1642-1643.

Armada de Cádiz.—Lleva navíos de fuego y barcos longos.—Sale en busca de la de Francia.—Batalla frente á Barcelona.—Huye la enemiga.—Socorro á Rosas.—Comentarios.—Caída del conde-Duque.—Cambios en el personal.—Convoy apresado por los franceses.—Combate sobre cabo de Gata.—Vencen ellos.—Sitio de Orán.—Auxilio.—Otro combate naval.—Alzan el cerco de la plaza.



A tiempo en que Madrid asemejaba á campamento, atestadas las calles de compañías y las plazas de acémilas y carros en disposición de marcha, reinaba en Cádiz mayor actividad en virtud de las órdenes urgentes para echar fuera la Armada, á tiempo de impedir que la francesa de Poniente embocara el Estrecho y se reuniera con la de Levante. No habiéndolo podido impedir las prevenciones de la Corte, instaron á la preparación de mayores elementos, á la disposición de escuadra, no ya sólo capaz de oponerse á las que había alistado en Bretaña y Provenza el cardenal Richelieu, sino de socorrer y auxiliar contra ellas á las plazas sitiadas en Cataluña y Rosellón.

Según el pensamiento que dictó esas órdenes debían reunirse en la bahía 30 navíos de alto bordo, cuando menos; otros 30 menores, 6.000 infantes, sin la gente de mar, 400.000 fanegas de trigo y otras tantas de cebada, tablazón, artillería,



municiones, material de ingenieros, en el supuesto de que vendrían además, de Flandes, 20 urcas trayendo cuatro regimientos de alemanes, que se agregarían, la escuadra de Nápoles, compuesta de 14 bajeles y 22 galeras, y la de Dunquerque de cinco naves y una fragata, que estaba ya en el Mediterráneo ¹.

Oíase día y noche el martilleo de carpinteros y calafates, y estaban los muelles llenos de pertrechos y de víveres, los alojamientos de soldados y los barracones de gente de leva, bautizada con nombre de marineros. Fundiendo la plata de particulares, trayendo en carros el vellón del Gobierno, rebuscando el residuo de los almacenes, abusando, en fin, del embargo forzoso de navíos nacionales ó extranjeros, no se llegaba, sin embargo, á las cifras marcadas por la superioridad.

Detenido y suspenso de cargo como estaba en la corte el Duque de Maqueda, presidía al armamento el de Ciudad Real, gobernador de la plaza, motivo de alejamiento y protesta de los almirantes Pedro de Ursúa y Martín Carlos de Mencos, quejosos de la interinidad que el año anterior tuvo en la Armada ², lo que no quitaba que tanto por espíritu de rivalidad como por el acicate de los despachos reales, diera calor á las obras, atendiendo más que á nada á su terminación rápida.

Entraba en la composición de la Armada un poco de todo: dos galeones de 66 y 65 cañones; naves de 30 á 20; urcas extranjeras destinadas al transporte de efectos; pataches y tartanas; seis navíos de fuego que por primera vez figuraban en escuadra española, vista la aplicación que de ellos hacían las enemigas, y *barcos longos*, novedad también destinada al efecto contrario. «Invención muy importante (decía una carta de la época), así para que no tengan efecto el quemarnos el

¹ Carta de D. Juan Idiáquez, maestro del Príncipe, fecha 6 de Mayo de 1642. Las urcas de Flandes serían acaso el trozo de armada que se puso á las órdenes del príncipe Landgrave de Darmstad, según documento de la *Colección Sans de Baruteil*, art. 2.º, núm. 131.

² *Memorial Histórico*, t. XVI, pág. 301.



enemigo las naos, como para socorrer cualquiera de ellas que lo haya menester y remolcarlas en tiempo de calmas»¹: invención que alcanzó gran boga por la utilidad real que prestaban estas embarcaciones menores, que eran de remo y vela, armaban 40 ó más de ellos, y sin el embarazo y cuidado de la chusma proveían á cualquiera atención de fuerza sutil, servían á la comisión y al remolque, se tripulaban con gente del navío á que estaban asignadas y se metían á bordo para largas travesías².

Particularidad digna también de reparo en la escuadra mandada por el Duque de Ciudad Real, y que tenía por almirante general á Sancho de Urdanivia fué, contra las tradiciones hasta entonces respetadas, la división en ocho escuadras de á tres bajeles cada una, dejando siete sueltos, pues que eran, en suma, los que llegaron á estar listos 31, más dos fragatas, tres pataches, seis de fuego, y las tartanas. Barcos longos iban 35, á remolque de los mayores.

Acabaron de salir de la bahía el 18 de Mayo é hicieron rumbo al Estrecho, embocándolo, con la suerte de cortar la proa á cuatro naves holandesas que se defendieron de los descubridores, pero que hubieron de rendirse al grueso de la fuerza, con satisfacción del General por el servicio de los prisioneros, que repartió al punto con plazas de hombres de mar. En Málaga embarcó una compañía de infantería y pipas de agua: en Cartagena fué menester echar en tierra la maestranza para terminar la habilitación de ocho galeras que quedaron incorporadas. En Alicante recibieron pólvora. En Denia se repitió la faena de Cartagena, á fin de aderezar otras dos galeras de Cerdeña y la escuadra de Dunquerque, que por haber tenido encuentro con la enemiga, cercadas las seis naves con que contaba, recibió algún daño, haciéndolo mayor³. En Vinaroz, puerto destinado al complemento de la

¹ *Memorial Histórico*, t. XVI, pág. 371.

² Los primeros barcos *longos* ó *luengos* se construyeron en Cádiz en 1635, y reconocidas las buenas propiedades se mandaron tomar por modelos. (*Colección Navarrete*, t. XXXII.) Veitia y Linagé, en su libro *Norte de la Contratación* (Sevilla, 1672), dijo era el género de embarcación más ligero que se hubiera inventado.

³ *Memorial Histórico*, t. XVI, págs. 374, 382, 390, 393. «Cartas varias.»



guarnición, embarcaron 1.000 infantes. Por fin, en Tarragona entraron en los buques otros 500, y en todo esto, bien se ve, se seguían las prácticas añejas de ir proveyendo al menudeo, teniendo que emplear treinta y siete días después de salir de Cádiz para disponerse al servicio efectivo de campaña y que consumir el número proporcional de raciones.

Era, pues, á 22 de Junio cuando se halló la escuadra en completa disposición, salvo la falta de marineros y artilleros, teniendo entonces 36 navíos de guerra, seis de fuego, tres fragatas y tres pataches, con los que el Duque marchó en busca del enemigo.

Llegado á vista de Barcelona el 30, con viento del SSE., la escuadra francesa, que estaba fondeada, dió prontamente la vela barloventeando para montar la punta de Montjuich, lo que consiguió el almirante Marqués de Brézé con su escuadra y la del contraalmirante Mr. de Cangé, mas no el vicealmirante Mr. de Montigny, obligado á dar repiquete de la otra vuelta. En esta disposición se les contaron 44 navíos de guerra, 14 de fuego y 17 galeras, fuerza en todo mayor que la nuestra.

Serían las tres de la tarde cuando, hallándose á tiro las capitanas, disparó pieza la de Ciudad Real y puso señal de abordar, maniobrando para hacerlo el primero; pero lo evitó la francesa arribando. Arribó asimismo el Duque cortando la línea enemiga por el octavo navío, con propósito de aferrar á los atrasados, que dieron toda vela en huida, y siguiéndolos, quedó con la mitad de la armada á sotavento de la escuadra de Mr. de Brézé. Creía que con esta ventaja le abordaría, para facilitar lo cual disminuyó el velamen; y como no tratara de tal cosa el caudillo francés, sino de incorporarse con sus navíos, destacó dos de fuego que, desviados á tiempo, se consumieron sin hacer daño.

Sucedió con la confusión en que los bajeles iban, procurando abordar á los contrarios, que el almirante Sancho de Urdanivia se embarazó con el galeón *Santo Tomás de Aquino* y con uno de los navíos de fuego, quedando los tres desaparecidos.

El accidente pasó inadvertido entre el humo y escasa cla-



ridad, y cayendo sotaventeado el *Santo Tomás* entre los franceses, se rindió sin la defensa que debiera esperarse de sus 300 hombres. El de fuego, habiendo perdido el bauprés y el trinquete, imposibilitado de navegar, intentó enredarse con algún enemigo, y prendió los artificios consumiéndose en balde.

Por resultado de la acción perdimos un galeón y tres navíos de fuego sin utilidad, mientras que el adversario sólo consumió uno de éstos y sacó algunos navíos desaparejados, habiendo sido activo el cañoneo de parte y parte en más de tres horas, en que algunos bajeles se llegaron á tiro de mosquete.

Nuestra armada pasó la noche á barlovento, y desde la amanecida procuró ordenarse, haciendo lo mismo la francesa con sus tres escuadras, la del contraalmirante de Cangé á vanguardia, empleando la mañana en maniobras necesarias, por la dispersión en que se habían quedado. Así que el Duque tuvo la suya en disposición, entrada la tarde, con el mismo propósito del día anterior, dió órdenes de largar juanetes, arribar y abordar al enemigo, acción que igualmente procuró eludir éste, poniendo popas al viento; pero ganáronle en velocidad los navíos españoles, pudiendo cortar la línea por los tres últimos suyos, uno de ellos el del contraalmirante, nombrado *Guisa*, gran bajel de 50 cañones que había servido anteriormente de capitana al Arzobispo de Burdeos. Abordóle el galeón *Magdalena*; á éste lo hizo otro francés, dejándole en medio; acudió á socorrerle el *Angel Gabriel* nuestro, formando grupo de cuatro, que atrajo la atención de todos.

Había calmado el viento; franceses y españoles se hacían remolcar por las galeras y barcos longos á fin de ponerse á tiro, generalizándose el combate al cañón, y al cabo de rato, como la brisa soplara del lado opuesto, viéndose los franceses á barlovento, lanzaron sobre nuestra almiranta un navío de fuego, que ésta desvió y fué á enredarse en la de Mr. de Cangé, incendiándola juntamente con el galeón *Magdalena*. El otro francés y el *Angel Gabriel* se zafaron á tiempo y enviaron las embarcaciones menores á recoger indistintamente



á los hombres que se arrojaban al agua huyendo de las llamas.

Acabó ya de noche la pelea con este melancólico incidente, en que perdieron la vida de nuestro lado, el Conde de Tirconel, maestre de campo del tercio de irlandeses; del otro, el bravo contraalmirante Mr. de Cangé, con más gente de su navío, que estaba tripulado por 540 hombres. Duró desde la una de la tarde, con más efecto que el día anterior, mezclados como estuvieron los bajeles y á corta distancia. En los partes de la noche se consignaron 205 muertos, entre ellos el almirante Francisco Feijó de Sotomayor, tan valeroso en este combate como lo fué en el de las Dunas; el capitán Andrés de Herrera, de la almiranta real, y dos de infantería. Los heridos llegaron á 417, muchos graves. De material se perdió el galeón *Magdalena* y quedó desaparejada y con avería gruesa la urca *Testa de Oro*, extranjera fletada. Quemaron los franceses dos navíos de fuego: uno el que tan mal servicio les hizo; tuvieron destrozo de consideración y se calcularon crecidas las bajas, no habiendo, ni hoy mismo hay, datos con que apreciarlas.

El 3 de Julio, tercer día de función, amaneció hallándose los franceses á barlovento. El Duque mandó amainar las velas y disparó pieza invitándoles, sin que acudieran. Con sus maniobras indicaban indecisión, tardando algunas horas en determinarse á destacar las galeras con los navíos de fuego á remolque, que quizá maltrataran si la suerte no les fuera contraria levantándose virazón cuando estaban cerca. El Duque, hallándose otra vez á barlovento con el cambio, arribó sobre el enemigo, mas éste huyó en popa largando toda vela; hurtó de noche el rumbo, apagados los faroles, y desapareció sin que en los días siguientes, hasta el 8, habiendo llegado hasta la falda de Motnjuich, se consiguiera darle alcance.

Vista la inutilidad de la persecución, acordaron los generales, en consejo, llegarse á las islas Baleares para proveerse y repararse. En Mallorca desembarcaron 350 heridos; en Mahón el resto con los enfermos, que ascendían á 672, procediendo activamente á remediar lo necesario en cascos y ar-



boladura. Estando en ello apareció sobre Mallorca el enemigo con 52 navíos y 20 galeras; supose por aviso del Virrey del 21. Doce días después, arrimándose el Duque con la armada re- puesta, ya no estaba allí, por lo que decidió llevar á cabo la misión principal de socorrer á Rosas; y, en efecto, entró en el golfo el 14 de Agosto, desembarcó las provisiones y el tren de artillería, y dió vuelta á Vinaroz el 20 sin ocurrencia notable.

Tal es, en sustancia, lo que se desprende de lo que hoy llamaríamos parte oficial de la campaña, documento escrito por el capitán de bandera D. Juan de Echeverri, comparado con cartas privadas de jefes de la armada y con la relación escrita por el cronista catalán Miguel Parets, en espíritu más francés que los franceses y en letra poco castellano. Uno y otro escrito de la época pongo íntegros en los apéndices ¹, por ser asunto éste de los que reportan enseñanza y deben estudiarse sin fianza en el criterio de uno solo. El de los historiadores franceses posteriores parece haber sido guiado más bien por la tendencia popular que por el deseo de la severa indagación, si ha de juzgarse por los siguientes ejemplares.

Un cronista anónimo ² obsequia á su nación con hermosa victoria alcanzada en Barcelona, así:

«Mientras el Duque de Enghien derrotaba á los españoles en Rocroy, su cuñado, el Duque de Brézé, almirante de Francia, alcanzaba iguales ventajas en la mar. Mandaba una escuadra de 20 navíos, dos fragatas y dos brulotes; los españoles, tenían además de los buques de sus puertos (!), juntos en Gibraltar cinco galeones, seis navíos de Ostende y 14 de Dunquerque. El Duque los buscó en sus costas, los atacó el 9 de Agosto de 1643, y en combate de algunas horas cerca de Barcelona, les apresó seis navíos; pero, cambiando el viento y siéndole contrario, tuvo que hacer vela hacia cabo Gata, donde fondeó.»

Con dificultad se pueden acoplar en tan pocas líneas tantas

¹ De este capítulo.

² *Histoire générale de la Marine sur des Mémoires rédigés, par M. de Boismelé.* Paris, 1746. T. II, pág. 407.



inexactitudes; ni siquiera el año de la batalla logró averiguar el escritor; es preciso acudir á otro ¹.

Mr. León Guérin dice:

«Encargado el Marqués de Brézé de impedir el socorro de Perpiñán, salió de las islas Hyères en Mayo de 1642 con 29 navíos y 12 galeras, yendo, «según su costumbre», al encuentro del enemigo. Hallándolo, al fin, lo persiguió á cañonazos implacablemente, hasta obligarle á combatir frente á Barcelona el 30 de Junio. Después de forzar á las galeras enemigas á retirarse hacia el grueso de su armada, compuesta de 48 navíos, tres de ellos de á 60 cañones, Brézé, cuyas hábiles maniobras habían alcanzado á situarlas á barlovento, dió un espectáculo terrible y magnífico á la vez; ordenó á su almiranta caer sobre la masa contraria, y sin inquietarse de si le seguían se lanzó al encuentro haciendo fuego por ambas bandas, asombrando con tamaña osadía al enemigo, que no se atrevía á esperarla. Sirvió de blanco á toda la escuadra y á tres *brulotes* que le arrojaron, pero éstos ardieron inútilmente, sin hacerle otro daño que ahumar su insignia de popa.

»Recelosos quedaron los franceses perdiendo de vista á su jefe entre los torbellinos de la pólvora, hasta que á poco le vieron salir victorioso del centro de los españoles, haciendo señal de reunión; inflamados entonces con el ejemplo, forzaron de vela y remo siguiéndole. Quedaron los enemigos dispersos, en completa derrota, y aunque la noche llegó á propósito á salvarlos, se les apresó uno de los navíos más fuertes, con 40 cañones y 400 hombres.

»Brézé volvió á combatir con los españoles el 1.º de Julio y los volvió á derrotar; pero en este día tuvo que sentir la pérdida del bravo capitán Mr. de Cangé al dar un ejemplo mucho más antiguo y repetido de lo que se cree en la marina francesa. Mr. de Cangé había barloado con un navío de 66 cañones y 1.200 hombres (!), y lo tenía reducido al extremo de pedir cuartel, cuando uno de los *brulotes* franceses, lanzado sobre el enemigo y rechazado, se enredó con el navío de Mr. de Can-

¹ *Histoire maritime de France*. París, 1851. T. III, pág. 31.



gé, produciendo el incendio del grupo en que estaba. Tras la expectativa de tan hermoso triunfo no quiso sobrevivir á su nave; procedió generosamente al embarco de la gente, quedando sobre cubierta, solo, en actitud heroica. Voló con el bajel que el Rey y la patria le habían confiado, unido á él en la muerte como en la vida: su consuelo fué la observación de asegurar con su ruina la victoria de Francia, porque dos navíos españoles volaron al mismo tiempo, y el resto se retiró.

»Brézé persiguió á los vencidos hasta que se refugiaron bajo los cañones de Menorca; les apresó cinco naves de carga, y el joven Valbelle, habiendo abordado un buque español mucho más fuerte que el suyo, se hizo su dueño, llevándolo á Tolón.»

Esta narración conforma con las españolas en el año y lugar, no en el número de navíos, que, sin género de duda, era superior en todas las clases constituyentes de la armada francesa. Si ésta se hallaba al ancla en Barcelona y levó en el momento de ver las banderas españolas que la provocaban, mal se compagina la frase de Mr. Guérin, de haber perseguido *implacablemente* al enemigo hasta *obligarle* á combatir. Cualquiera creerá que la española, con inferiores fuerzas, fué la que buscó y obligó á la contraria á batalla, teniendo en su abono la iniciativa, la intención y el arrojo.

Que la francesa, con hábiles maniobras, consiguió ponerse á barlovento, cuenta Mr. Guérin: con ello indica haber estado á su arbitrio la acometida ó la retirada, y optó por la última, no ocurriendo en la tarde del primer día más que un cañoneo desordenado en que se dejaban seguir sus naves. Hizolo cesar la noche, quedando por la española el mar de batalla, lo cual no suele estimarse por señal de vencimiento.

El segundo día inició igualmente la pelea la española, y fué la contraria la que la acabó, separándose, sin que volvieran á mostrar deseos de llegar á las manos. Entre la afirmación de Mr. Guérin, de haber perseguido sus compatriotas á los españoles hasta que se refugiaron bajo los cañones de Mahón, y la de Ciudad Real, de no haber conseguido ver la cara de sus contrarios, elija el crítico, con el dato auténtico de haber



transcurrido once días desde el del combate hasta el de la entrada de nuestras naves en el puerto.

La consideración general de la campaña no favorece más que la del pormenor á nuestros adversarios. La escuadra francesa (dícelo también Mr. Guérin) salió de las islas Hyères con objeto de impedir el socorro de las plazas sitiadas. La escuadra española salió de Cádiz con comisión expresa de introducir los mantenimientos y pertrechos. Los introdujo. ¿Quién cumplió lo ordenado?

Más útil que la pintura de escenas imaginarias es, á mi ver, la consideración de las que bosquejaron los contemporáneos, confusas, incompletas y apasionadas como son, pero suficientes, á lo que me parece, para persuadirse de que en lo que estaban iguales ó á un nivel las armadas española y francesa, era en las condiciones de capacidad de sus generales. El Duque de Ciudad Real tomó, sin duda, por modelo á Oquendo: todo su empeño consistía en abordar; en poner cabo al negocio en singular pelea con el esfuerzo de las personas. El Marqués de Brézé seguía la escuela del Arzobispo militante, que le había aprovechado cuando combatió á la flota de Indias sobre Cádiz; cuanto ordenó se encaminaba á situarse á barlovento, lanzar los navíos de fuego y preservar á los del Rey. Ni un general ni el otro tuvieron plan preconcebido, y menos supieron improvisarlos sacando partido de las circunstancias. Ciudad Real dejó que cada capitán ejercitara la pericia ó el valor, ocasionando confuso tropel, causa del choque y desarbolo de la almiranta y del galeón *Santo Tomás*, del apresamiento de éste y del incendio innecesario del navío de fuego. Brézé, muy lejos de entrarse arrogante por medio de la escuadra contraria, anduvo los tres días mostrándola las esculturas de la popa de su capitana; abandonó al contraalmirante, á cuya bizarría hacen justicia todos nuestros documentos, cual corresponde á nobles adversarios, contentándose en la precipitación del escape con lanzar torpemente el navío que lo incendió, por arma favorita. La circunstancia de salvarse en nuestros navíos los tripulantes del *Duque de Guisa* es significativa. Fué aquella pelea desorde-



nada, en que si hubo acciones parciales de subido mérito, ninguna de conjunto conducía á la decisión de la contienda. Y que la opinión la reclamaba, declaran los escritores de la época.

«Esta noticia de la batalla, dice uno ¹, corrió con voz de victoria, no siéndolo sino refriega, donde, desapartados por la noche, cada cual siguió su rumbo.»

«Corrían las armadas aquel mar, escribió otro ², sin embestirse; la de Francia no parece sino que traía el orden que Isabel, reina de Inglaterra, dió á la suya cuando el rey don Felipe II envió aquella tan prodigiosa como desgraciada sobre sus costas: no aferrar con ningún navío de España; no pelear, sino al que quedase zorrero acometerle de lejos, siendo solo, echarle fuego y quemarle; y la española, el intento del ejército de este año, que fué no hacer nada; y así parece que se lo habían mandado, porque, esperando el Rey por horas el destrozo del enemigo, no eran otras sino nuevas falsas de que se había acometido, y que la francesa iba derrotada, que había perdido navíos y gente, metiéndolo así en corros públicos por Madrid.... El hecho es que apartándose y siguiendo nuevos rumbos y derrotas, sin querer pelear el enemigo, sino conservar la mar y los bajeles, dejándose ver los nuestros, ya en Tarragona, ya en Denia, ya en Vinaroz y Alicante, sin hacer nada más que consumir los meses de Julio, Agosto y Septiembre, gastar los bastimentos y ser necesario reparar algunos navíos, y sin más heroicos procesos entre la una armada y la otra, le fué necesario recaer al puerto de Mahón para volver á navegar, buscar al enemigo y probar fortuna; mas los franceses, tocados de estas mismas necesidades, dando sus bordos por aquellas mismas islas, tomaron los rumbos de sus costas y los puertos de Tolón y Marsella, y se retiraron, publicando también volver á buscar la nuestra.»

La copia se diría tomada de un diario de estos días, tanto

¹ Baños de Velasco, *Sexta parte de la historia pontifical*. Madrid, 1678.

² Novoa, lib. X, pág. 49.



da á entender la injusticia de las apreciaciones populares, igual en todos los tiempos y en todos los países. Desde luego se deduce que lo más pesado del disgusto cargaría sobre el jefe: el mismo autor lo confirma en otro sitio.

«No se contó cosa memorable de nuestra capitana, ni del Duque de Ciudad Real, como si tal hombre no hubiera en el mundo, ni parece que se erigió para caudillo de armada que tanto se hizo sentir de su grandeza y aprestos.»

Tal como fué la batalla de Barcelona, es en la historia de las que enseñan; lo uno, por el empleo de galeras y barcos longos como auxiliares para ordenar, poner en línea ó retirar del fuego á los navíos, empezando á constituir las escuadras mixtas; lo otro, por haber comprobado lo que antes se había visto en las Dunas: que los navíos de fuego, tan en auge, eran en la mar de efecto moral más que efectivo, y por arma de dos filos podían hacer á los propios tanto mal como á los contrarios á quienes se destinaban. Es posible que algo parecido ocurra en nuestros días con las máquinas explosivas, con los torpedos fijos ó automóviles, llegada que sea ocasión de experimentar prácticamente sus efectos.

Volviendo á nuestro asunto, hallándose de vuelta en Vinaroz el Duque de Ciudad Real, llegaron las escuadras de Nápoles y Sicilia con tropas de infantería y caballería, que conducía en persona el príncipe Juan Carlos, capitán general de la mar. Como los bajeles no hacían falta, volvióse con ellos á Italia. La armada francesa se había ido á invernar, sin ganas de verse con la enemiga, y es de suponer que no levantaba falso testimonio Miguel Parets refiriendo el modo ¹:

«El día que llegó la nueva del rendimiento de Perpiñán, el Sr. de Brézé se partió con nuestra armada marítima á invernar, como acostumbra, en los puertos más seguros de Francia, y aun no la habíamos perdido de vista, cuando Montjuich señaló la de España por Poniente con gran pujanza. Bien podía la nuestra volver á combatirla, pues se llegaron á ver una de otra, y de Barcelona ambas á un tiempo; pero, ó sea

¹ Cap. cxxix.



que el gozo de tener ya la joya deseada le obligase á dejarla de lástima, ó que temiendo una desesperación española quisiese guardar sus navíos, prosiguió su viaje, disimulando el haberla visto. La castellana se puso en ala frente de Barcelona, fuera del cañón, y dando fondo tan de propósito como si viniera á sitiarnos, dejando dos galeras, una á cada lado, en continuo movimiento, para que no pudiese entrar ni un barco, estúvose en esta forma desde la noche del 11 hasta la tarde del día 13 (de Septiembre), que se hizo á la vela hacia Levante. Pescó en estas horas algunas barcas de provisiones que venían de la costa, y á nosotros el susto de estar en continuo recelo y con las armas en la mano, fortificando de nuevo toda la marina y temiendo de alguna embestida, pero partióse, sin decir ni hacer nada, á llorar su desventura.»

Sorprendió á la Corte la entrada del año 1643 con novedad que tuvo eco inmediato en todos los dominios de España, maravillando á sus gentes; tanto les parecía inconcebible que el rey D. Felipe separara voluntariamente de su lado al ministro, al favorito Conde-Duque, que tantos años tuvo en la mano las riendas del gobierno. Pocas veces se habrá visto en los pueblos regocijo más general ni más ruidosamente expresado de todos modos, pues formada la convicción de ser él causa de los males y desgracias de la nación, nacía la esperanza de verlas remediadas con su caída y alejamiento del poder. En muchos días no hubo otro asunto de conversación, alimentándola los escritos de los agraviados y de los enemigos ocultos, ya con enumeración de las provincias ó regiones desprendidas de la Monarquía en el tiempo de su valimiento, con cálculos de los millones consumidos en la guerra y de los que sumaban los emolumentos suyos, con inculpaciones por el levantamiento de Cataluña y de Portugal, cuya separación les recordaría la despedida que dirigió Egas Moniz á su dama:

Fincaredes bos em bora
tan coitada,
que ei boime por ahí fora
de longada.



Los juicios vehementes, apasionados, han ido revisándose sucesivamente, pareciendo hoy que, no siendo el Conde-Duque tan bueno como lo imaginaba el adulador Conde Malvezzi, tampoco era tan malo como lo pintaron Novoa y el Conde de Ericeyra.

Desaparecía de la escena política cuando la muerte iba eliminando personajes encargados de los primeros papeles: en Flandes al valeroso y simpático infante-cardenal D. Fernando; en Francia, al cardenal Richelieu y á su rey Luis XIII; en Italia, por cambio de traje y de opinión, al príncipe Tomás de Saboya, convertido de amigo en contrario.

En el círculo de nuestra marina se produjeron por consecuencia otras mudanzas, abiertas desde luego las prisiones de los duques de Fernandina y de Maqueda. Á éste se aquietó con ofertas de consideración, diciéndole merecía puesto más elevado que el de general subalterno, teniendo que operar en el Mediterráneo las naves de su escuadra; al primero se restituyó en el de general de las galeras de España y dirección en jefe de la guerra en la mar, poniendo á sus órdenes, con el mando de los galeones, al almirante D. Martín Carlos de Mencos, y á Judocus Peeters, que seguía teniendo la de la escuadra de Dunquerque, aumentada con 14 naves que de allá vinieron. Alguna variación se hizo también en las flotas de Indias ¹.

Agraviado sin razón, y no completamente satisfecho, el Marqués de Villafranca, de mala gana se encargó otra vez de

¹ D. Antonio Cánovas del Castillo. *Colección de escritores castellanos. Estudios del reinado de Felipe IV. Revolución de Portugal*, t. 1. Madrid, 1888.

² Obligó á ellas el fallecimiento de D. Roque Centeno, general que, sin ser de los que figuraron en primera línea, prestó excelentes servicios. Los había iniciado con D. Álvaro Bazán en 1585, y siguió prestándoles con Bertendona, Brochero, Fajardo, D. Fadrique de Toledo, subiendo por sus pasos y méritos de guerra desde soldado á capitán general. Fué el primero que saltó á bordo de la almiranta inglesa en el combate de la isla de Flores, recibiendo cinco picazos; desempeñó los cargos de capitán y de superintendente de maestranza; rescató once carabelas apresadas por los ingleses; gobernó con acierto y suerte las flotas de Indias, en cuyo cargo murió en Veracruz. Había nacido en Calatayud, alcanzado el hábito de Santiago, con otras distinciones merecidas. Dejó en la miseria á su familia. Hay hoja impresa de sus servicios y muchas cédulas de comisiones, en la *Colección Vargas Ponce*, leg. de Almirantes, letra C.



hacer frente á los enemigos, no dándole los recursos que para ello solicitaba, antes bien recibiendo recomendación «de no hacer mayor bulto ni más gastos que los ordinarios»¹. Tenía harto experimentadas las exigencias de la opinión, que generalmente están en relación inversa con los elementos disponibles en tiempos y circunstancias de infortunio.

Dos atenciones reclamaban por entonces el empleo de fuerzas navales: el socorro de Rosas, plaza mantenida todavía en medio del incendio de Cataluña, y el auxilio de Orán, que, por el abandono en que estaba, lo mismo que los otros presidios de África, hallándose con escasa guarnición y sin provisiones, cercaron los moros, bloqueándola por mar la armada argelina. El primero procuraban impedir los franceses con sus escuadras; al otro estorbaban igualmente éstas, en combinación con las de los moros, turcos y portugueses².

Un convoy de víveres que se dispuso para Rosas con tres naves mercantes, escoltándolo dos de guerra de las de Dunquerque, fué atacado el 9 de Agosto por ocho navíos y nueve galeras de Francia, hallándose inmóvil por calma del viento. Defendieronlo bien los guardianes, como de costumbre, y no sin mucho daño causado cedieron al número abrumador del enemigo, que se apoderó de una de las naves de guerra y dos mercantes; á la tercera barrenaron los mismos tripulantes, escapando en la lancha con los caudales; salvóse la otra nave de Dunquerque, y costó á los franceses 42 muertos y mucha avería la presa³.

¹ Novoa, lib. XI, pág. 123. La *Colección Navarrete*, t. XXXVIII, contiene un *Memorial que dió á S. M. el Marqués de Villafranca, en que representa alguna parte de su vida*. Hace presente haberse criado en las galeras con su padre, y haber empezado á servir con plaza en 1606; que había hecho más de 60 presas y recibido dos heridas; que le faltaron las consignaciones, pero no los malos tratamientos, y que obligó su hacienda en 40.000 ducados para dar de comer á la gente de las galeras; que fué preso en Valencia sin saber la causa, y que por todo ello estaba más dispuesto á servir á S. M. de aventurero que de general.

² Seyner refiere que salió esta armada de Lisboa viniendo sobre Cádiz; un documento de la Academia de la Historia, *Colección de Jesuitas*, t. CI, núm. 36, especifica el armamento mandado por D. Antonio Téllez.

³ *Memorial Histórico*, t. XVII, pág. 225. *Crónica de Miguel Parets*, cap. CXI.VII.



Para la otra empresa salió de Barcelona el 22 del mismo mes de Agosto el Marqués, ya Duque de Brézé, con 34 velas, 20 navíos de guerra, 12 de fuego y 2 fragatas, haciendo rumbo á Poniente hasta el cabo de Gata, donde el almirante Mencos aguardaba al Duque de Fernandina, que había de salir de Cartagena con el resto de la fuerza. Según las relaciones de los enemigos ¹ contaron cinco galeones, seis urcas flamencas y 14 navíos de Dunquerque, ó sea 25 velas, á las que atacaron vigorosamente, durando la pelea todo el día 2 de Septiembre con varias peripecias, haciendo papel principal los navíos de fuego que Mr. de Brézé empleó de preferencia hallándose á barlovento, y con los que logró incendiar á la almiranta de Nápoles y librarse de los nuestros que trataban de abordarle. El combate reprodujo las tendencias y maniobras de la batalla de Barcelona en el año anterior, y hasta se enredó con un navío francés otro de sus *brulotes*, rifándole la vela mayor con los arpeos, aunque no llegó á causarle mayor daño. Rindieron á dos galeones nuestros de á 30 piezas, y con la almiranta de Nápoles fueron tres los perdidos: el resto entró al anochecer en Cartagena malparado, sin ser tanto que se fueran á fondo cinco ó seis naves, como los adversarios escribieron ².

Doblemente disgustado el Duque de Fernandina con la derrota, pidió al Rey licencia para retirarse á su casa, que no le fué concedida; quiso S. M. que le sirviera en el Consejo, cubriendo la vacante en virtud de combinación por la que volvió el Duque de Maqueda al mando de la armada del Océano, y se dió el de las galeras de España al de Tursi, del que mucho se esperaba, no obstante la avanzada edad, por ser yerno suyo D. Álvaro de Bazán, marqués del Viso, goberna-

¹ Del dicho Parets; las nuestras son muy concisas: no dicen qué naves tenía Mencos, señalando únicamente las que perdió.

² *Memorial Histórico*, t. xvii, pág. 233. *Crónica de Parets*, cap. cXLVII. El anónimo compilador de Mr. de Boismelé, anteriormente citado, á vuelta de no pocas inexactitudes y de calcular en 1.500 hombres nuestros muertos (t. II, pág. 408), noticia haberse acuñado en Francia medalla representando á la escuadra victoriosa frente á Cartagena con la leyenda OMEN IMPERII MARITIMI.—HISPANIS VICTIS AD CARTHAGINEM NOVAM MDCXLIH.



dor de la plaza de Orán sitiada, y no dejó de responder al deseo. Estacionado en Cartagena con las galeras, sabiendo día por día lo que pasaba en las costas de enfrente, en uno de los momentos de desavenencia entre los generales moros de mar y tierra y de tregua en los asaltos, introdujo Tomás Doria, su hijo, trigo, pólvora y municiones, primer socorro seguido de otros más importantes llevados con naves desde Valencia.

Sobrevino choque en la mar, de que poca luz nos ha quedado. Los noticieros de Madrid, acuciosos en la transmisión de haber venido por entonces el Duque de Terranova con las escuadras de Nápoles y Sicilia, y 3.500 soldados de los que 1.000 dejó en el Final y los demás en Vinaroz; no menos diligentes en averiguar que, muy sentidos los mareantes de San Juan de Luz por las frecuentes presas que hacían los guipuzcoanos, prepararon una sorpresa nocturna que no les resultó, proyectando tomar vivo ó muerto á D. Alonso de Idiáquez, de Orán nada escribieron, aunque el silencio tuviera causas distintas que las del catalán-francés Miguel Parets ¹ al contentarse con la expresión de haber ido el señor Duque de Brézé al Estrecho y costas de Berbería, «en donde obró prodigios *que serían largos de contar*». Habremos de atenernos á Novoa ², cuya declaración transcribo:

«Vino nueva de que los turcos habían levantado el sitio de Orán, sin poderla tomar por mar ni por tierra, y que se atrevieron á pelear 25 navíos nuestros con 50 de los suyos, en que había turcos, franceses y portugueses, que ya todos son unos en ofensa del Estado y de la Religión católica: sólo fracasaron tres navíos de Dunquerque, que, como son tan ardientes y valerosos en entrar y acometer, tomaron uno y los dos se fueron á pique, y los enemigos no quedaron libres del encuentro.»

¹ *Crónica*, cap. CXLVII.

² Lib. XI, pág. 143.



APÉNDICES AL CAPÍTULO XVII.

NÚMERO 1.

Relación que se envió á Su Majestad de lo sucedido en los tres reencuentros que tuvo la Armada Real del cargo del señor Duque de Ciudad Real en Levante, gobernando la Real D. Juan de Echeverri, gobernador del tercio de los galeones. Año 1642.

Su Majestad, Dios le guarde, mandó prevenir en Cádiz una armada de 30 navíos, dos pataches, seis navíos de fuego y algunas embarcaciones pequeñas á cargo del Duque de Ciudad Real, para que pasase con ella al mar Mediterráneo, se cortasen los designios del enemigo é impedir las invasiones que trataba de hacer por aquella parte; y aunque se pusieron grandes esfuerzos para que esta armada navegase antes que la de Francia, que se aprestaba en Poniente, ni se juntase con la que tenía en Levante, no fué posible conseguirlo hasta los 11 de Mayo, á tiempo que ya la de Francia, que se aprestó en Poniente, había embocado el Estrecho é incorporádose con la de Levante.

Aquel día 11 se embarcó el Duque, y por no tener tiempo dejó de salir del puerto hasta los 15, que se mejoró con el terral á las Puercas, con su capitana y otros 10 navíos, que por haber calmado no pudieron seguirle los demás.

Domingo 18 salió el resto de la armada, que se componía de 31 navíos, dos fragatas y tres pataches, dividida en ocho escuadras de tres navíos cada una, y siete sueltos, que las dichas escuadras las llevaban á su cargo, la una el general D. Pablo de Contreras; otra el almirante Francisco Feixóo de Sotomayor; otra el almirante D. Juan de Irrraga, y las demás á cargo del almirante D. Juan Pujadas, gobernador D. Alonso Rodríguez de Salamanca, almirante D. Francisco Rodríguez de Ledesma, almirante D. Tomás de Echaburu, y maestro de campo D. Juan de Leyva, y los navíos sueltos los llevaban á su cargo el maestro de campo D. Luis de Sotomayor, el teniente general de artillería D. Pedro de Alarcón, almirante Juan Miguel Balaquí, almirante Pedro de Oronsoro, capitán don Gonzalo de Luna, capitán D. Juan de Salazar, y capitán Esteban de



Echanis, y por almirante general desta armada el general Sancho de Urdanivia.

Llevaba asimismo seis navíos de fuego, seis tartanas y 35 barcos luengos. Con esta armada se fué navegando la vuelta del Estrecho, y habiendo refrescado el viento, deseoso el Duque de adelantar el viaje y cuanto antes romper y deshacer la armada del enemigo, llegó aquella misma noche cerca de la boca del Estrecho; y aunque el viento era demasiado, prosiguió, y á cosa de las dos de la mañana embocando tres navíos que iban delante, que eran los más ligeros, que era la urca *Testa de Oro*, en que iba el maestro de campo D. Luis de Sotomayor, y por capitán de mar y guerra Bartolomé Antonio, dieron con tres navíos de Holanda cargados de mercaderías, que venían de Venecia. Empezó á pelear con ellos, y juntándose con él la fragata *San Fernando*, que la llevaba á su cargo Tomás de Mundaca, y la urca *Nuestra Señora de Regla*, en que iba Francisco Muñiz de Silva, estuvieron dando cargas hasta el amanecer, que se hallaron en medio de la armada, con que los holandeses se rindieron, y habiendo cambiado la gente á nuestros navíos, se prosiguió el viaje la vuelta de Málaga, adonde se llegó martes 20, á las once del día.

Allí se recibió una compañía de infantería y alguna aguada que estaba prevenida, y el viernes siguiente 23, al amanecer, se hizo á la vela, y dió vista en Cartagena el 26, donde se detuvo aguardando que se previniesen ocho galeras, hasta el viernes 30, que salieron incorporadas con la armada, y para facilitar más su breve despacho echó toda la maestranza della en tierra, con que se pudo conseguir en este breve tiempo, y el lunes 2 de Junio entró en Alicante y se recibió una partida de pólvora sin dar fondo.

El día siguiente, martes, prosiguió haciendo viaje, y á los cuatro dió vista en Denia, donde anduvo de una vuelta y la otra aguardando que acabasen de aderezar los cinco navíos y fragata de Dunquerque que están en aquel puerto, y dos galeras de Cerdeña, hasta el lunes 9 del dicho, que ayudando con la maestranza de la armada y asistencia del veedor general D. Juan de Otáñez, y proveedor D. Luis de Oyanguren, á quienes envió para este efecto, salieron los dichos navíos y galeras, con que venía á tener 36 navíos de guerra, tres fragatas, tres pataches, seis navíos de fuego, 10 galeras y las tartanas y barcos luengos referidos, y á los 12 avistó á Vinaroz, donde se detuvo hasta el sábado 21 de Junio, esperando las galeras, que fueron con orden del señor Marqués de Leganés á Tarragona á recibir 1.000 infantes para la guarnición y suplir parte de la gente que había enfermado en los navíos, y con orden de Su Majestad quedaron allí dos navíos de presa de los tres que se tomaron al embocar el Estrecho, para que se descargasen y beneficiasen las mercaderías dellos, habiendo vendido el



otro en Cartagena á unos mercaderes de Málaga que desde aquella ciudad vinieron siguiendo la armada para comprarle.

Salió aquel día á las diez de la mañana, y el domingo 22, á las cuatro de la tarde, llegó á Tarragona, donde se le dieron otros 500 hombres, que se entregaron en las galeras, sin quererse detener ni dar fondo, porque con grande anhelo estaba siempre solicitando la brevedad por verse cuanto antes con el enemigo; y habiendo aquella misma noche entrado el viento por el Lesnordeste, y muy recio, se hizo la vuelta de la mar, y apretando más á cada instante, se continuó con poca vela la dicha vuelta, y el miércoles 25 avistó las islas de Mallorca, adonde llegó una tartana que dos días antes había despachado con unos pliegos para Su Majestad que había de entregar en Tarragona, y dió aviso que cuatro leguas de aquella plaza, el día antes, había encontrado la armada del enemigo.

Á este tiempo el Duque se hallaba sin galeras, porque habían ido á ponerse al abrigo de la isla, guareciéndose del recio Levante que había corrido, y también á hacer aguada y repararse la Patrona de España, que se le había rompido la verga del trinquete. Luego calmó el tiempo, y aquella noche, con un poco de Sueste que saltó, sin embargo de hallarse sin galeras, rindió bordo para hacer viaje la vuelta de Barcelona ó Tarragona, en busca del enemigo, sin aguardar las galeras ni una tartana que había ido á Mallorca con cartas para el Virrey á saber qué noticias había de la armada de Nápoles; pero luego volvió á calmar, y el día siguiente 26 entró el viento por el Nordeste, con que no se pudo hacer viaje hasta el sábado 28 á medio día, que empezó á ventar por el Susueste, y aquella mañana llegaron las galeras, y continuándose el mismo viento, se fué haciendo viaje, y el lunes 30 se avistó á Monjuí, á cosa de las once de la mañana, y se descubrió la armada del enemigo que estaba dada fondo en la playa de Barcelona, y así como reconoció la nuestra, fué saliendo para fuera con 44 navíos de guerra, 14 de fuego y 17 galeras. Los unos montaron á Monjuí y los otros hicieron un repiquete para poder montar, y habiéndolo conseguido, la capitana enemiga embicó la cebadera, aseguró las de gavia, izando palanquines á la mayor, y dió muestras de querer entrar en batalla, con lo cual nuestra capitana, deseosa de lo mismo, en breve llegó á cosa de dos tiros de pieza della; y aunque eran ya cerca de las tres de la tarde, el viento fresco y poco lo que quedaba del día, tras todo esto, viendo que el enemigo daba indicios de esperar batalla, y que barloados, en cuatro horas que quedaban de día se acabaría, nuestra capitana disparó pieza y largó el estandarte real, que es la seña de batalla, y luego embicó la cebadera, izó los palanquines á la mayor, y acercándose á tiro de pieza de la capitana enemiga, la nuestra puso el gallardete de abordar, con la



proa á la del enemigo, pero arrepintiéndose de la resolución primera y volvió á amainar, huyendo de la nuestra, la cual, mareando las suyas y largando juanetes, disparó una pieza sin bala para que la esperase, de que no se dió por entendida, y se fué saliendo con todo paño, y nuestra capitana tras ella, forcejando tanto que metía toda la andana baja dentro del agua; de manera que fué tanta la que entró en el alojamiento, que la gente que manejaba la artillería estaba con el agua hasta la rodilla, y, sin embargo, por no arriar, se metió la artillería dentro, y cerrando las portas, se fué achicando con las bombas y baldes.

Viendo el Duque eran ya las cuatro y que las diligencias no aprovechaban, porque la capitana enemiga, como mejor de vela, se le iba saliendo, resolvió cortar la armada del enemigo, y llamando con dos piezas con bala á algunos navíos de los nuestros que se tenían á barlovento, con intento de hallarse en mejor paraje de socorrer, arribó, y cortando por el octavo navío del enemigo, éste cazó á popa, huyendo con todo paño, hasta los juanetes, y los demás que le seguían hicieron lo mismo, y nuestra capitana los fué siguiendo, dándose y recibándose grandes cargas con ellos.

A este tiempo se hallaba la capitana enemiga á cosa de dos tiros de pieza de la nuestra, y por la proa viró con seis navíos, encapillando por barlovento de nuestra capitana y la mitad de nuestra armada; y pareciéndole al Duque que, pues tenía en su favor el viento, querría barloar, arrió las velas aguardándola de sotavento; pero no era este su intento, sino huir de la nuestra y incorporarse con su armada, como lo ejecutó, yendo de vuelta encontrada por entre algunos navíos de los nuestros que se hallaban por su barlovento, sin dejarse barloar, de quienes recibió grandes cargas, y lo mismo los otros seis navíos que la seguían; y habiéndose zafado dichosamente de uno de nuestros navíos de fuego que llevaba á su cargo el capitán Matías de Castellanos, se pasó por nuestra retaguardia y consiguió lo que deseaba. Otro navío de los suyos se zafó también de otro navío de fuego nuestro, que le llevaba á su cargo el capitán D. Enrique Ponce.

A este tiempo, la urca *Testa de Oro*, que la traía á su cargo el maestro de campo D. Luis de Sotomayor, de que es capitán de mar y guerra Bartolomé Antonio, se hallaba con grande riesgo entre cuatro navíos de guerra y dos de fuego, que yendo cortando la armada del enemigo nuestra capitana, cuando ésta arrió preparando de Lo, á esperar la del enemigo, la dicha *Testa de Oro* continuó el arribar por barloar, y se halló entre los dichos navíos, que fueron también huyendo de nuestra capitana, y viéndolo solo, le hicieron cara y le traían mal parado y desaparejado, pero defendíase y ofendía con gran bizarría, y así, el Duque, volviendo á



marear otra vez las velas, fué arribando para ellos y á socorrer la dicha *Testa de Oro*, con que la dejaron y fueron, huyendo, á incorporarse con el resto de su armada; y yendo nuestra capitana tras los dichos seis navíos del enemigo, virando la vuelta de nuestra almiranta, que al tiempo que la capitana enemiga, como se dice arriba, iba de vuelta encontrada á juntarse con su armada, nuestra almiranta fué metiendo de Lo á darse la carga con la capitana enemiga y *Santo Tomás*, que se hallaba á barlovento de la almiranta, arribó y se embarazó con el navío de fuego que llevaba á su cargo el capitán Cristóbal de Salinas, y ambos con la almiranta, y juzgando el Duque que había barloado con alguno de los seis navíos que seguían la capitana enemiga yendo para ella, vió que se había desatracoado de los dichos dos navíos y que venía la vuelta de nuestra armada con otros navíos nuestros, que ya era puesto el sol y no se disparaba, y la armada del enemigo quedaba por popa y á sotavento, y que el virar para la dicha almiranta cuando ya iba anocheciendo, tras ser mala la vuelta la que había de llevar, por ser la de tierra, podrían embarazarse algunos navíos de nuestra armada, arrió las velas y preparó de Lo de la misma vuelta que llevaba, que era la de la mar, esperando recoger la armada encendiendo luego los faroles, de manera que á una hora de noche, ya las más de las naos, con la almiranta, las tenía por la proa á sotavento, y yendo toda la noche con la misma vela, amaneció el día siguiente tres leguas por popa de nuestra armada, con sólo cinco navíos, y por la proa de la del enemigo á otras tres leguas.

En amaneciendo izó las de gavia y fué arribando para nuestra almiranta á juntar su armada, sin que hasta entonces, que se contaron los navíos y se halló uno de menos, se supiese ni entendiese que faltase ninguno, y habiéndole echado menos, tampoco se supo el que era, hasta que el Almirante general avisó de lo que le había sucedido el día antes con *Santo Tomás*, sin declarar que se hubiese perdido ninguno, y enviando el Duque un barco á reconocer qué navío faltaba, se supo que era el dicho *Santo Tomás*, y después se ha sabido que, luego que se desatracoó de la almiranta, se atravesó y fué sotaventándose por la parte donde la armada del enemigo iba, y le acercaron cuatro navíos de guerra y dos de fuego y le amenazaron que pidiese buen cuartel, y donde no que le habían de quemar, con lo cual, sin disparar, se rindió.

El dicho navío de fuego, así como se desatracoó de *Santo Tomás*, aunque salió sin bauprés, mastelero de proa, beque y trinquete, arribó para un navío del enemigo que se hallaba cerca, y así que el del enemigo le reconoció por de fuego, se desvió con todas las velas y le dió las cargas, y consiguientemente le echó dos lanchas para que le quitasen la que traía



por la popa, que se viniéron para él; y viendo que si le quitaban la lancha eran perdidos por estar desaparejado, como queda referido, se desembarcó en ella toda la gente y le dieron fuego porque no se aprovechase dél el enemigo, y se recogieron á nuestra almiranta.

Al enemigo se desaparejaron y maltrataron este día algunos navíos, y entre ellos dos que al día siguiente tenía menos, y perdió también otro de fuego.

El martes, 1.º de Julio, amaneció nuestra armada como queda dicho, por proa de la de Francia, sobre las costas de Garrafa, y nuestra capitana fué arribando sobre la almiranta á recoger la armada que estaba con ella; y habiéndolo hecho á cosa de las diez, viró sobre la del enemigo, la cual fué arribando á cosa de una hora, y luego se puso en ala en tres escuadras: la primera era la capitana *de Guisa* con los navíos más gruesos de la armada; luego la capitana del Marqués de Bressé con otra, y después la almiranta, que la llevaba á su cargo Mos. de Monteni, con la tercera; y porque la del enemigo iba velejada para ganarnos el barlovento, nuestra capitana, largando los juanetes, hizo la señal de barloar y fué arribando al primer navío que los guiaba, que era la dicha capitana del armada de Levante, del *Duque de Guisa*. Esto sería á cosa de la una del día: venían los más cercanos á nuestra capitana el almirante Balaqui, que lo es de la escuadra del general Massebradi, en la urca *La Concordia*, y la fragata *San Fernando*, que la traía á su cargo el capitán Tomás de Mundaca, á los cuales, como mejores de vela y por no haber otros más cercanos á nuestra capitana, les ordenó el Duque largasen también los juanetes y que, adelantándose lo posible, procurasen embarazarse con cualquier navío para que, llegando nuestra capitana, se estrechase el combate, y á cosa de menos que tiro de mosquete que se pusieron, el uno por la mura de babor y el otro por la de estribor de nuestra capitana, dándose cargas de artillería y mosquetería con el enemigo, poniendo la proa en ellos para barloar, cazaron á popa huyendo; y quedando la capitana *de Guisa* cortada con otros dos navíos del enemigo, nuestra capitana puso la proa en ella, y la fragata que estaba delante se quiso embarazar, pero zafóse de ella y luego hizo lo mismo de nuestra capitana, por ser mucho mejor de vela, y lo mismo de *La Concordia* y de la capitana de Dunquerque; pero las cargas que se le dieron fueron tales que, desatentada, no pudo ó no acertó á arribar.

A este tiempo, que había más de una hora que nuestra capitana, la *Concordia* y la fragata peleaban, fueron llegando cuatro ó cinco navíos de los nuestros, de los cuales recibió las cargas, y se zafó, y quedó tan malparada que ya no podía gobernar.



El que seguía después de los cinco de arriba, que era el galeón *La Magdalena*, que le llevaba á su cargo el Conde de Tirconel, maestro de campo del tercio de irlandeses, y por capitán de mar y guerra Esteban de Echániz, y habiéndose pasado más de dos horas en el combate de arriba, con poco viento, se barloó con la *de Guisa*, y nuestra capitana fué arribando sobre la armada enemiga, siempre con toda vela, y la del enemigo huyendo y peleando, dándose continuadas cargas, y yendo llegando los más zorreros de los nuestros, iban haciendo cada uno lo mismo, según andaba, hasta que al ponerse el sol, cambiando el viento un poco, quedó de barlovento el enemigo, con que intentaron socorrer algunas naos la capitana *de Guisa*, y de los nuestros los más cercanos, acudiendo con nuestra almiranta, con que volvieron á preparar de Lo, excepto uno, que socorriendo al *de Guisa*, barloó á la *Magdalena*, y á éste el *Angel Gabriel*, que llevaba á su cargo el maestro de campo Pablo de Paradas, de que era capitán de mar y guerra D. Gonzalo de Luna, y nuestra capitana, no pudiendo virar por el poco viento y estar lejos, llamó á las galeras para que la remolcasen, como lo iba haciendo D. Fernando de Arce con la Patrona de España, y las demás galeras, cada una á su navío, y los otros, con launchas y barcos luengos, haciendo toda diligencia, á tiempo que la *de Guisa* y la otra que vino de socorro pedían buen cuartel.

Sucedió que un navío de fuego que el enemigo echó á nuestra almiranta, habiéndose zafado de él, fué á embarazarse con la capitana *de Guisa*, ya puesto el sol, y la quemó, y lo mismo á la *Magdalena*, sin poderse desatracar ni apartar del fuego; sólo el otro navío que llegó á socorrer la *de Guisa* tuvo más suerte, pues éste se zafó, así de la *Magdalena* como de *San Gabriel*, y se fué á su armada, y también se apartó *San Gabriel* y vino á incorporarse con los nuestros.

Acudieron luego barcos luengos de todos los navíos, particularmente de *San Gabriel* y *Armas de Colonia*, del cargo de D. Rodrigo de Contreras, que estaban los más cercanos, y que más se empeñaron en el socorro, y fueron cogiendo la gente que se echaba á nado. Ahogóse el Conde de Tirconel y algunos treinta hombres de los nuestros: de la capitana *de Guisa* no se escaparon, de quinientos y cuarenta hombres de mar y guerra que traía, más de cuarenta, y entre la gente que se ahogó y quemó fué uno el dicho Musiur de Lesabaliér Decange, que la traía á su cargo y era general de la armada de Levante, y la mejor cabeza y soldado de más valor y experiencia que tenía Francia por la mar, y por cuyo consejo se gobernaban ambas armadas, y también un caballero maltés que venía por su camarada, que ambos se quemaron dentro de la capitana, y la gente que se escapó fué en los dichos barcos luengos, que han importado mucho para este efecto.



Testa de Oro, no pudiendo velejar por hallarse desaparejado de la batería que le dieron el primer día, se quedó algo trasera, y cargaron sobre ella las galeras del enemigo, y en su socorro la urca *San Carlos*, que la llevaba á su cargo D. Alonso Rodríguez de Salamanca, y ambos se estuvieron acañoneando con ellas gran parte de la tarde, y yendo hacia ellos otros, los dejaron.

La batalla de este día duró desde la una del día, que se empezó, hasta puesto el sol, sin cesar. De nuestra parte murieron doscientos y cinco hombres, y entre ellos el almirante Francisco Feijó de Sotomayor; el capitán Andrés de Herrera, que lo era de mar y guerra del almiranta Real, y dos capitanes de infantería, el uno irlandés, y hubo cuatrocientos y diez y siete heridos, que muchos de ellos murieron. El enemigo este día salió mucho más destrozado que el antecedente, porque la batería que le dieron los nuestros fué mayor sin comparación, de que quedó tan acobardado que en el poco rastro que hizo en estos dos reencuentros manifestaban sus temores y cuán de mala gana venía á las manos; después lo mostró más con el descalabro que llevó huyendo en la forma que adelante se dirá, y por diferentes noticias y relaciones que han llegado de Barcelona y otras partes se sabe que en dichos dos reencuentros perdió cuatro navíos de guerra y dos de fuego, sin otros que llevó muy maltratados, y que entre muertos y heridos, ahogados y quemados, le faltaron muy cerca de tres mil hombres, y que habían sentido más la muerte de Musiur Decange que si hubieran perdido la mitad de la armada, y merece que se haga de él todo este aprecio, pues si algún bajel de los suyos anduvo con valor, fué éste, y si él viviera pudiera tener justa queja de que siendo una escuadra de doce navíos la que tenía señalada para su socorro, los mejores y de más fuerza de la armada, sólo uno fué el que acudió, que es el que á los primeros lances pidió cuartel á la *Magdalena* y á *San Gabriel*.

El día siguiente, miércoles 2 del dicho mes de Julio, amaneció el enemigo tres ó cuatro leguas de nuestra armada, con el terral á barlovento. Arrióse á esperarle, llamándole con una pieza, y él vino arribando, pero tan tímido y con tanta tibieza, que una vez arriaban, otra arribaban y otra preparaban de Lo, y después de pasada la mañana en esto, le pareció que era mejor partido inviar delante las galeras con los navíos de fuego, para ver si con ellos podían obrar sin empeñar los de guerra, que éstos nunca han tratado de aventurarlos.

Estando las galeras y los dichos navíos de fuego á cosa de media legua de nuestra armada, se les trocó la suerte y desvaneció su intento, porque entró la virazón y quedó nuestra armada á barlovento de la suya, y virando sobre la del enemigo, allá fué largando vela hasta los juanetes, y



descuartelando, y aunque la nuestra velejó, no pudo alcanzarle, con que anocheció sin llegar á pelear. Arrió la capitana, esperando los que menos andaban, que quedaban ya lejos, y toda la noche fuimos con poca vela, y el enemigo hurtándonos la vuelta sin encender fanal, se fué, y al día siguiente, jueves, se vigió la mar, y viéndose á lo largo las salinas de los Alfaques, parecían que eran velas y se puso á ellas la proa, y á un mismo tiempo la bandera de Consejo, en que concurrieron todos los cabos y capitanes que gobiernan navíos, para darles de nuevo orden á boca, como se hizo, de que todos velejasen, y el que primero llegase barloase con el que pudiese, pues en embarazándose barloados, se acabaría de una vez con el enemigo, y yendo todos con buena resolución, y acercándose á las dichas salinas se reconoció lo que era, con que amurando se puso la proa para Barcelona, que es adonde era preciso que hubiese ido el enemigo, y que si allí no estaba habría hecho navegación á Tolón; y aunque tuvimos buen tiempo hasta la tarde, después entró el viento por el Leste, que duró hasta el jueves siguiente, con que se granjeó poco, pero sin embargo, se iba haciendo viaje.

Viernes á la tarde se descubrió Monjuy con viento escaso: forcejóse, y el otro día, sábado 5, amaneció viento fresco estando nuestra armada á una vista de Monjuy, y á cosa de las diez, por popa, se disparó una pieza y arrió una nao y se atravesó, y luego la almiranta y otras cinco naos, y por ser el viento escaso, considerando el Duque si arriaba no había de poder dejarse de ver á Barcelona y reconocer si en ella estaba la armada enemiga, determinó no darse por entendido á la pieza y continuar su viaje, no perdiendo de vista á las siete naos, y á cosa de las tres de la tarde, con el mismo viento, viendo del tope á Barcelona, entraron aguaceros, y estando cerca de Monjuy, á cosa de las cinco de la tarde, se descubrieron por barlovento, á una vista, algunas velas, y aunque confusamente, se reconoció ser la armada del enemigo que salía del puerto; con que nuestra armada, hallándose dos leguas de tierra, viró para fuera de la misma vuelta que llevaba el enemigo, pero no quiso arribar, con que nuestra armada arribó á recoger los siete navíos, y supo que la causa de haberse atravesado fué por haber descubierto el *Angel Blanco*, navío de fuego, que le traía á su cargo el capitán D. Antonio de Verastain, un agua considerable, y rendídose de mastelero mayor, que uno y otro se reparó aquella tarde lo mejor que pudo, y con esto anocheció sin determinar cuántas fuesen las velas del enemigo.

El domingo amaneció sin descubrirse al enemigo hasta cerca de mediodía, á una vista siempre, y arribando sobre él, él iba descuartelando sin querer aguardar; con que reconocido su intento, que sólo es de conservarse



en estos mares, con la seguridad de ser sus navíos más ligeros que los nuestros, sin hacer reputación de huir cuando le parece, el Duque volvió á llamar á Consejo, y se dispuso en él lo que pareció más conveniente, y aquella tarde ventó tan recio por la misma parte, que sólo pudo nuestra armada ir metiendo de Lo, por ver si la del enemigo quería venir á batallar. Pasóse el día, y aquella noche se apartaron nuestras galeras de la armada, sin saber si habían corrido á Ibiza ó Cartagena.

El lunes 7 se volvió á descubrir el enemigo á una vista, y continuándose el mismo viento y con la misma fuerza, aunque nos hallábamos sin galeras, el deseo del Duque era tal de acabar con el enemigo, que, sin embargo, fué orceando para acercarse más á él, y tampoco quiso arribar, y aquella noche hizo lo mismo que la otra, cuando se huyó sin encender farol.

El miércoles 8 calmó el tiempo: estuvo nuestra armada sin hacer viaje á ninguna parte, y viéndose sin galeras y que el enemigo no parecía, llamó el Duque á Consejo, y en él se acordó que respecto de estar la armada con falta de agua y muchos navíos sin poder hacer fuerza de vela de los descalabros de la batalla, y las naos embarazadas de enfermos y heridos, sin dietas, y el trigo que se traía para la fábrica de bizcocho en las mismas urcas que salió de Cádiz, y que convenía desembarcarlo para que se fabricase antes de que se acabase el que traía la armada, y que se hallaban muy cerca de Mallorca, se desembarcase allí el dicho trigo y parte de los heridos y enfermos y pasase la armada á Mahón, donde con seguridad se podían reparar los dichos navíos y también hacer aguada y curar el resto de los heridos y enfermos.

Miércoles 9 hubo también calma tan muerta, que no gobernaban los navíos ni se pudo hacer viaje. Este día, á cosa de las once de la noche, empezó á ventar por buena parte, con que jueves 10, á cosa de las tres de la tarde, avistamos en Mallorca, y por no perderle y llegar cuanto antes á Mahón á ejecutar lo acordado y poder volver á salir con más brevedad reconociendo que para el desembarco del trigo, haciéndole á la vela en Mallorca, eran necesarios más de ocho días, y que el dar fondo tendría inconveniente, así por deshacerse la gente como por el riesgo en que estaba la armada si la del enemigo la cogía sobre el ferro, y que ambas cosas se facilitaban y adelantaban el despacho llevando dos navíos de particular que estaban en Mallorca, escribió al Virrey se los enviase para cargar en ellos el dicho trigo y enviarlos desde Mahón, pidiéndole asimismo le remitiese todos los toneleros que hubiese en aquella ciudad, cantidad de arcos y mimbres, para que más brevemente se levantase la pipería, dejando embarcaciones para que en ellas fuesen, como se hizo.



Dejó también en tierra al maestro mayor de carpintería para que reconociese si había algunos palos á propósito para masteleros, y los llevase; y á la vela desembarcaron los heridos y enfermos que dió lugar el corto tiempo, que serían hasta trescientos y cincuenta, con que prosiguió en su viaje, y es mucho de alabar la piedad y cristiandad con que los naturales de aquella ciudad los recibieron, particularmente los heridos, pues salían á la playa hombres y mujeres y cargaban á cuestras con ellos, y á porfía se los llevaban á sus casas. Y lo mismo hicieron con algunos 15 ó 16 que desde los navíos á tierra se murieron, juntándose la clerecía de todas las iglesias para darles sepultura, y el Virrey mostró su celo en el servicio de Su Majestad y no menos el Obispo, que les hizo prevenir camas y dió mil ducados para su sustento y curación, y continuándose el mismo viento, entramos en el puerto de Mahón sábado 12 á las diez de la mañana, donde al mismo tiempo que se dió fondo se empezó á ir aparejando los navíos que necesitaban de reparo, aunque con harta incomodidad, por venir la armada con poca prevención de masteleros, jimelgas, jarcia y otras cosas de que necesitaba; pero la providencia del Duque, recogiendo y acomodando de unos navíos en otros, y haciendo traer de Ciudadela los árboles de un navío que se había perdido en aquel puerto, tuvo noticia que los había comprado el convento de San Francisco de la dicha Ciudadela para vigas y no los habían deshecho, con que invió por ellos, y fueron de mucha importancia, pues á no haber tenido suerte de hallarlos, no fuera posible repararse todos nuestros navíos como convenía.

Desembarcáronse el resto de los heridos y enfermos, y habiendo venido el gobernador Pedro de Santasecilia, el cual reside en Ciudadela, dispuso con él el Duque se desembarazasen dos casas, y en ellas se acomodaron 672 heridos y enfermos, y que los asistiesen el padre administrador general del armada, el protomédico y todos los cirujanos, y que se les comprasen dietas, como se hizo con gran puntualidad.

Fué también haciendo aguada sin que de día ni de noche el Duque sosegase, deseoso de abreviar cuanto fuese posible, reconociendo á todas horas lo que se trabajaba en los navíos y aguadas que se hacían, y ayudándolo con el mismo cuidado Sancho de Urdanivia, su almirante general.

El miércoles 16 entró en el dicho puerto de Mahón D. Fernando de Arce con las diez galeras de su cargo, habiendo estado en Ibiza desde que se apartó de la armada, reparándose allí de algunas entenas que con el tiempo se le habían rendido, y de otros descalabros que recibieron de algunos navíos de los nuestros, embarazándose con ellos.

Este mismo día llegaron cuatro saetias y una pollacra que invió el virrey de Mallorca para conducir el trigo, que no debió de poder ajustar



la remisión de los navíos que se le pidieron. Cargáronse en ellas 7.000 fanegas de trigo, que era la cantidad que cabían, y habiendo otras 3.300 más, acordó el Duque, por más brevedad, que se embarcasen en la urca *La Corona*, que se hallaba con 1.000 fanegas dellas dentro, y enviarla á Mallorca con las dichas saetias y pollacra, y que en tanto que la armada se acababa de prevenir, en habiéndose hecho en Mallorca el desembarco del trigo, en la dicha urca se cargase el bizcocho que el virrey de Mallorca tenía prevenido, y que estuviese á la vela para seguir la armada cuando por allí pasase, sin obligarle á detención ninguna más de para recibir la gente que estuviese convalecida, de la que allí dejó, y que á las dichas embarcaciones las fuesen convoyando cuatro galeras, y habiéndose cargado todo el trigo en esta conformidad, y estando el miércoles 23 para salir del puerto y con ellas todas las diez galeras, por haber dicho D. Fernando de Arce que necesitaba de ir delante para despalmarse, porque en Mahón no se hallaba sebo con que hacerlo, y también para rehacerse de algunos bastimentos que les faltaban, llegó carta del virrey de Mallorca con aviso de que á los 21, que era el día de la fecha de la misma carta, quedaba la armada del enemigo á vista de aquella isla, por la parte de Andrache, doce leguas de tierra, con 52 navíos y 20 galeras, con que se detuvieron las embarcaciones de trigo y las galeras hasta que nuestra armada saliese, que sería dentro de cuatro días, porque todo lo que había que hacer estaba ya en buen estado, y porque no atrasase el adrezo de las galeras se hicieron diferentes diligencias por recoger en la isla el sebo que hubiese, que les dió también lo que tenía la armada, con que se hizo el despaldo en aquel puerto desde los 24 hasta los 27, con que, sin embargo de este nuevo embarazo, todo estaba listo para salir á los 28, y bien se manifiesta el desvelo y cuidado del Duque, pues en quince días tuvo reparados todos los navíos y á la vela, y lo mismo las dichas galeras para salir el dicho día, que no lo ejecutó por haber cargado un temporal tan recio, que no dió lugar á ello hasta el martes 29 del dicho mes de Julio, que de media noche arriba abonanzó; con que el miércoles 30, al amanecer, se levó la armada y fué saliendo la vuelta de Mallorca, y el Duque muy gustoso por si lograba encontrar al enemigo en el paraje donde el Virrey le había escrito que se hallaba.

Llegó á dar vista á Mallorca el sábado 2 de Agosto á las cinco de la tarde, y envió para dentro el navío *La Corona* y las saetias y pollacra en que venía el trigo, con ánimo de pasar en busca del enemigo y llevar este embarazo menos. Aguardó carta del Virrey, de quien la tuvo á cosa de tres horas de noche, en que le decía que la armada enemiga había dejado esta isla y tomado la vuelta de Barcelona, con que dió orden de que las



galeras entrasen también en Mallorca y se rehiciesen de los bastimentos que le faltaban, y envió personas para que asistiesen á la descarga del trigo que traía *La Corona* y solicitasen del Virrey para que se acabasen de cargar cuatro navíos de bastimento que desde allí se habían de conducir á Rosas para el ejército con que el Sr. Marqués de Torrecuso pasa al socorro de Perpiñán y llevar de camino el tren de la artillería de campaña y madera que viene embarcada en diferentes bajeles de esta armada, con que se obligaría al enemigo á que pelease y nos buscase por impedirlo, pues el principal intento á que su armada vino á estos mares fué estorbar cualquier socorro que por mar se intentase hacer á los sitiados de Perpiñán, y es sin duda que, teniendo Francia una armada tan pujante como la que hoy se halla en estos mares, haber tenido tantas veces y con tanto descrédito de la reputación de las armas de su Rey, lo han hecho mediante no gastar las fuerzas y conservarlas para poder oponer á los intentos de estos socorros, pues á menos que esto no se puede imaginar de la nación que en otras ocasiones se ha mostrado bizarra, en las presentes degenerase y se olvidase de todo.

Esta misma noche sobrevino un temporal recísimo que duró hasta el día siguiente á la noche, con aguaceros; con que aquel día y el siguiente, que también hubo mucha mar, se obró muy poco en las faenas de tierra. Á los 5 abonanzó del todo y se fué caminando á toda priesa en el desembarco del trigo, lastre y aguada que hizo *La Corona*, y cargazón de los bastimentos.

Jueves 7, á la noche, quedaron despachados, con que el viernes 18 salieron, trayendo también las galeras parte de los bastimentos que no cupieron en los cuatro navíos de particular, con que se fué navegando la vuelta de Rosas.

Entró la armada en aquella bahía jueves 14 á las seis de la mañana; dió fondo á la boca de la bahía en 30 brazas; juzgóse hallar allí al Marqués de Torrecuso, pero no había más noticia que el haber enviado su ropa por mar, y para que con mayor brevedad se desembarcase el socorro, se enviaron á tierra los cuatro navíos extranjeros, las galeras, urca *La Corona*, que venía con sal, y las fragatas, que traían la mayor parte del tren, con orden de que se metiesen debajo del artillería de la fuerza y de la villa.

Ejecutáronlo luego, y consiguientemente se les enviaron todas las lanchas y barcos luengos, tartanas y sacos que traía la armada, cuya asistencia importó tanto, que la urca, fragatas y galeras quedaron desembarazados el viernes 15 á la tarde, y también en tierra todo lo demás que venía en diferentes bajeles, y luego salieron la urca y fragatas para fuera,



quedando las galeras y demás embarcaciones pequeñas ayudando al desembarco del bizcocho y harina que venía en los navíos extranjeros, y por si acaso viniese el enemigo, no cogiese nuestra armada sobre el ferro, se salió para fuera el sábado 16, y este mismo día se hizo Junta para ajustar qué derrota se tomaría, y habiéndose resuelto en ella que se fuera á Mallorca para rehacerse las galeras de bastimento, porque no le tenían más de para cinco días, y que desde allí se pasase á Vinaroz á recibir la infantería y municiones que Su Majestad ha mandado se trasporten también á Rosas, estando de este acuerdo y la armada fuera de la bahía, de una vuelta y otra aguardando las galeras y embarcaciones pequeñas; el día siguiente sábado llegaron cartas del Marqués de Flores de Avila, de Perpiñán, con aviso de que aquella plaza estaba muy apretada; con que el Duque mudó de parecer, y ajustándose con D. Fernando de Arce en que los pocos bastimentos que tenía la armada partiría con sus galeras; resolvió venir en derechura á Vinaroz, por más brevedad, en la conducción de lo que de allí se ha de traer; y habiendo salido las dichas galeras y embarcaciones pequeñas el domingo 17 deste, dejando más de la mitad de la carga de los dichos navíos hamburgueses en tierra, y los buques asegurados debajo de la artillería de la villa y castillo, se volvieron á incorporar con la armada, aunque salieron por la mañana.

Hizo este día una neblina tan cerrada que menos de un tiro de arcabuz no se descubría un navío de otro, aunque llegó á juntarse á cosa de las dos de la tarde; y aunque el viento que hacía era favorable, se fué con poca vela haciendo viaje porque algunos navíos no desgaritasen.

El lunes 18 también amaneció con la misma neblina, aunque desde las ocho de la mañana se fué levantando, y la tarde hizo claro, y continuándose el mismo viento llegamos á Vinaroz el miércoles 20 de éste donde se quedan recibiendo las municiones y otros pertrechos que se han de conducir, y esperamos en nuestro Señor y en su divina misericordia, que con la misma seguridad que el primer socorro se ha de hacer éste y todos los demás que se ofrecieren, pues de armada que debía impedirlos, no lo intentar en el primero, y haber estado la nuestra en Rosas dado fondo donde podían valerse de sus navíos de fuego, que es en lo que fundan su mayor fuerza, que de la de pelear con igualdad están muy apartados, sin embargo de tener sus navíos de guerra en más número que los nuestros, bien se puede prometer, y de la tibieza que han mostrado juzgar, que no se empeñarán sino es conociendo que muy á su salvo puedan valerse de sus brulotes, que de otra suerte por la mar no tratan de entrar en batalla apretada, reduciendo á industria la falta de valor.

Fecha en Vinaroz, 20 de Agosto de 1642.



NÚM. 2.

Carta de D. Rodrigo de Contreras al canónigo de Córdoba, D. Melchor, su hermano.

Hermano mío: De todas las partes de donde he podido tengo escrito á Vmd., y agora, señor, por si tuviesen dicha estos renglones, aviso á Vmd. del suceso que hasta hoy hemos tenido con la armada del enemigo, nosotros juntos con las seis naos de Dunquerque, que en todas eran 42 de guerra; y al parecer es mucho, por la falta de gente de mar y artilleros y las enfermedades que ha habido y hay, que es lástima como estamos.

Al fin, señor, llegamos á Tarragona á 23 del pasado, adonde nos dieron 2.000 infantes para tripular las galeras y naos de Dunquerque. Allí dió noticia el Conde de Aguilar al Duque de Ciudad Real, como el enemigo estaba en Barcelona, que viene á ser 15 leguas de aquí. Llamó el Duque á Consejo y se resolvió pelear con él. Dado fondo y yéndolo á hacer aquella noche, ventó tanto el Levante (que no lo habíamos tenido desde que salimos de Cádiz) que cuatro días fuimos corriendo y las galeras pasándolo muy mal. Estuvimos al abrigo de la tierra de Mallorca, y así como abonanzó fuimos la vuelta de Barcelona, y ya el enemigo en este tiempo nos había salido á buscar, llegando á Tarragona y á Vinaroz, adonde fué fuerza que á las presas que habíamos cogido de los holandeses les diésemos fuego. Los nuestros iban con intento de cogerlos. El enemigo vino luego sobre Barcelona, donde le encontramos un día después de San Pedro. Hallándonos de barlovento y él por ganarlo, nos entretuvimos á la vela hasta las seis de la tarde que se comenzó la batalla, durando hasta la noche. Aquel día traía el enemigo 41 navíos de guerra, 13 de fuego, 16 galeras y todos sus navíos de fuerza, que no creímos jamás fueran de la calidad que son.

No barloó aquel día, porque su intento era el acometer con los barcos de fuego, pues si se hiciera nos quemaran á todos puestos en esta orden, aunque ellos mismos se perdiesen; y échase muy bien de ver que no quisieron, pues nuestra capitana real intentó barloar tres veces á la suya el primer día, y se huyó.

Aqueste día perdimos una nao que juzgo faltó la cabeza de ella, que era un caballero de muchas obligaciones, hermano de D. Juan de Chavarrí, y se entregó al enemigo sin disparar pieza, llevando dentro 300 españoles; cosa que ha causado desconsuelo general. Esto fué el primer día.



El segundo día se comenzó á pelear á las tres de la tarde; era pues el barlovento de nosotros y así, intentando de barloarlos á ellos, no había remedio sino solo tirar á desaparejar. De los suyos maltratamos cuatro naos el primer día, el segundo á muchas más, y nosotros recibimos el mismo daño. Esta última tarde se embarrancó con la capitana *de Guisa*, que era en la que navegaba el Arzobispo de Burdeos, la *Madalena* nuestra, y estando barloados los socorrí yo con grande riesgo, así como á la Almiranta real nuestra, que aunque se libró dél (entiéndese del navío de fuego), por diligencia de mi lancha y de un barco luengo que yo traía, vino á dar por la parte de la capitana del enemigo, quemándose ella y la *Madalena*. Yo me desembarqué y socorrí después más de cien hombres que se echaron al agua.

Después de esto se dieron muchas cargas por toda la armada, no consintiendo llegar navío de fuego. Al tercero día dimos temprano tras del enemigo, y fuéronse retirando de manera que no se pudo pelear este día, si bien del número de las naos que tenía le faltaron al enemigo 10, no habiendo gastado más de dos de fuego, que se considera por lo que se ha dicho. Por los prisioneros de la capitana que se quemó, se sabe que las galeras las van llevando á Barcelona, que estaremos á estas horas doce leguas de ella.

Esta última noche se retiró el enemigo tan infamemente que no encendió faroles, y así el Duque y hombres de puesto de la armada fueron ayer de parecer de ir á Barcelona á hacelle todo el daño que se pudiese, pues se consigue con esto de nuestra parte la resolución bizarra que tiene el Duque; y si nos aguardase dado fondo hará reconocida la victoria por nuestra parte; mas ellos saldrán fuera á rematar este suceso.

No quedan ya más de tres navíos de fuego de seis que traímos, que se emplearon sin provecho el primer día, porque era mucha la confusión de balas de aquel día.

Esto ha sucedido hasta hoy 4 del corriente Julio.—Murió Feijó, y ha sido muy general el sentimiento de la armada por su pérdida. Los franceses han sentido mucho la quema del galeón *de Guisa*. Han sido muchos más los heridos que los muertos, y fué muy buen acuerdo del Duque de ir á buscar al enemigo á Barcelona, pues había dicho á los catalanes mil embustes de que nos dejaban perdidos, y á los unos y á los otros les ha de causar muy gran novedad. De lo que sucediere daré aviso á Vmd. Hoy 4 de Julio de 1642.—D. Rodrigo de Contreras.



NÚM. 3.

**Batalla naval entre las armadas francesa y española á vista de Barcelona.
Relación de Miguel Parets.**

Dijose atrás que el general Bressé, que gobernaba la armada de mar, había pasado á tomar las órdenes del Rey y ver su padre en Rosellón; volvió luego, y entrando en Barcelona fué visitado de las dos casas y nobleza; volvió las visitas y siempre con gran concurso, porque le seguía la gente por las calles con públicas aclamaciones, entreteníase aguardando la armada castellana (que se tenía aviso y se dijo se iba juntando en los Alfaques) que pasaba con socorro al Rosellón; entretanto llegaron á este puerto las galeras, juntándose hasta diez y siete.

Víspera de San Juan tuvo aviso el señor Marqués de Bressé que la armada enemiga estaba ya en la playa de Tarragona, que se componía de 10 galeras, 20 naves grandes de Dunquerque, 10 galeones de carrera de Indias, cuatro navíos de fuego y otras embarcaciones, llegando todas á número de 52 velas, gobernadas por el Duque de Ciudad Real.

Sabida esta noticia salió luego del puerto el señor Marqués con su armada en busca de la enemiga, tan valeroso como deseoso de toparla; no lo logró por haber zarpado (según se supo) á una misma hora, ésta de Tarragona y aquélla de Barcelona. Llegó la nuestra al amanecer á la playa de Tarragona, y no dando con el enemigo, pasó, reconociendo aquellas costas, hasta Vinaroz, en donde topando dos galeones y un barco longo les pegaron fuego, y supieron de algunos soldados que el de Ciudad Real había dado vela desde Tarragona el día que se ha dicho, y con mucho deseo de llegar á la pelea con la armada francesa. No pudiendo adquirir más noticias ni sabiendo qué hacerse, se volvió el Marqués á Barcelona y dió fondo el día 29 de Junio: esa misma tarde llegaron de Levante ocho naves para engrosar más nuestra armada, y parece que el cielo las condujo.

El día 30 por la mañana señaló Monjuique armada naval de Poniente; sípuse luego ser la castellana que navegaba viento en popa: juntó Consejo de guerra el Marqués y mandó disparar cañón de leva para los que habían saltado en tierra se embarcasen, que no fué muy fácil por ser sobre fuerte el viento y estar los navíos alta mar; diéronse al viento las velas á punto de medio día para esperar al enemigo sobre el Cerro, cosa bien



dañosa para nosotros al paso que favorable al enemigo; el viento era fuerte y contrario; la tarde borrascosa y con lluvia; pero haciendo todo el esfuerzo posible. se tiró á ganar la punta de Monjuique para poder con favorable viento embestir al enemigo; y como no todas las naves son igualmente ligeras ni veleras, fué imposible que todas á un tiempo pudiesen ganar la punta y ponerse en orden de batalla. Nuestro almirante con lo más de su escuadra y el caballero Cange, contraalmirante, y parte de su escuadra, barloventeando se adelantaron, ganando el viento: seguía el resto con la vicealmiranta navegando á diez millas de tierra y la enemiga á trece; la nuestra procuró cautelosa entrarse al mar para cogerle al enemigo el barlovento.

La gente de Barcelona, poblando el muelle, muralla, tejados, zuteas y todas las eminencias, salía ansiosa á ver el suceso; y para que lo lográramos feliz, se puso patente en todas las iglesias el Santísimo Sacramento, peleando aquí con oraciones para que allá con las armas se venciese.

A las cuatro de la tarde la almiranta enemiga dispuso su vela para embestir, y echando al mar las naves de Dunquerque, se puso á atacar los 15 navíos que se habían adelantado con nuestra almiranta, y llegando á tiro de mosquete, dieron los enemigos fiera carga contra nuestro Marqués; resistiéronla él y el de Cange con gran valor, no obstante la desigualdad y estar bajo viento; advirtió el enemigo la resistencia, y que nuestra vicealmiranta se hallaba tan desfavorecida del viento, dejando una buena escuadra para entretener al Marqués, dió sobre la vicealmirante creyendo sacar buen barato de nuestra armada; el comendador Montigni, vicealmirante, á ejemplo de su general, resistió con igual valor, hasta que, advertido por el Marqués que con sus 15 navíos podía ganarles el viento, lo ejecutó pasando por medio del enemigo, y embistiendo con gran furia, se empezó con fiereza el combate, pareciendo un continuado trueno el tirar y un infierno el fuego; discurría el Sr. Marqués por su navío de popa á proa, animando y dando órdenes, y al mismo tiempo mostrando su gran valor y heredada bizarría.

Advirtió la enemiga escuadra el error cometido en dejarse ganar el viento por embestir nuestra vicealmirante, y queriéndolo recuperar antes que nuestro Marqués travesase por su grueso de armada, no le fué fácil, porque ya se vió en medio de la furiosa batalla; con esta confusión quisieron los tres brulotes enemigos pegar fuego á nuestra almiranta: abordáronse á ella, pero con felicidad y valor los desviaron, y en pago de su atrevimiento llevaron el quedar abrasados; á cuyos bravos, despavoridos los enemigos temían ser despojos de nuestra armada, ocasionándoles no poca desorden, y tanta, que á durar más el día no sé cómo hubieran que-



dado, y más si nuestra almirante y vicealmirante hubieran podido unirse, que jamás pudieron conseguirlo en el discurso de la pelea; advirtiéndose que la vicealmirante enemiga (aunque ya era noche) se abordó á uno de sus galeones muy maltratada y casi arruinadas las jarcias; apretaban al galeón nuestra vicealmiranta y otras naves, y al mismo abordó un brulote nuestro para pegarle fuego; y viéndose, ó perdido ó quemado, pidió cuartel, y rendido para guarnición de nuestra almirante. Este galeón era llamado *Santo Thomas de Aquino*, de 800 toneladas, de los mejores de carrera de Indias; sólo hacía tres años que pisaba el mar; llevaba 36 cañones de bronce sin otros tantos de hierro, y su capitán era un caballero del hábito de Santiago.

Muchos de nuestros navíos quedaban bajo viento, en quienes intentaba el enemigo hacer su fuego, pero el Sr. Marqués, que estaba sobre viento, se lo impedía; cerró la noche, y el enemigo, entrándose al mar, se alejó tres millas á sentir su desgracia.

El Sr. Bailli de Sorbon, general de las 17 galeras, no pudo cargar al tiempo que la armada por falta de provisiones y haber de espalmar algunas; dióse toda diligencia, y el día siguiente pudo, remolcando los navíos, ponerlos unidos y en orden. Mandó el Marqués al señor de Ternes que con tres galeras condujera el galeón á Barcelona, advirtiéndoles que los prisioneros intentaban sublevarse y que cuidara de ellos. Llegados al puerto, se entraron luego en Barcelona con alegría de toda ella, pues á sus ojos pasó todo lo referido.

Unida nuestra armada, y puesta en buen orden, seguía á la enemiga, aunque le llevaba la ventaja derecha y la de mejor viento, rehusando volver á las manos. Por los prisioneros se supo que el Duque de Ciudad Real estaba atemorizado del combate pasado, y tanto, que quería retirarse á puerto; pero que el comandante de los de Dunquerque le dijo que ó pelear ó que si no se volvía. Y asimismo que la almirante enemiga, por no dar la gloria á los de Dunquerque (aunque siempre embestían), descéba ser la que chocase con nuestro almirante; con estas inteligencias se navegaba sobre aviso, y á las tres de la tarde volvió á embestir el enemigo, embistiendo la escuadra de Dunquerque con otros navíos, y la almirante á la nuestra, y los demás, cada uno según su puesto, al contrario; en hilera puestos unos y otros, se peleaba, guardando todos su orden sin descaecer de ánimo, dándose el combate de poder á poder, y pensando cada cual salir victorioso, porque anduvo Marte neutral.

El señor de Cange resistió valeroso las cargas y primeros ataques, tanto que, cuando quiso juntarse con su almirante, según la orden que tenía, ya no pudo hacerlo por tener el velamen y jarcias echadas á pique. En medio



de esta confusión, el mayor de los galeones enemigos, llamado la *Madalena*, de 66 cañones y 800 hombres de pelea, abordó con la vicealmiranta del señor de Cange. Aquí hubo brava refriega hasta poner al galeón en estado de pedir cuartel, y se hubiera apresado á no acudir dos galeones á socorrer su compañero. Viendo los nuestros que era preciso con el nuevo socorro rendirse el señor de Cange, resolvieron pegar fuego con dos brulotes al galeón y vicealmirante nuestra, para que no fuera despojo de los enemigos. ¿Qué sería ver abrasarse á un mismo tiempo los dos brulotes y vicealmirante nuestra con el galeón? Discúrralo cada uno según su imaginación, que yo no me atrevo á pintar tan horroroso espectáculo.

Viendo que allí perecía gente de ambas partes, de la una y de la otra enviaron barcos para salvar las vidas sin distinción alguna, y así recogíanse, así españoles como franceses, adonde primero podían, pero con diferencia, porque los nuestros daban buen tratamiento al enemigo, y él á cuantos cogía nuestros cortaba las manos y volvía á arrojar al agua, inhumanidad que no ejecutara el más cruel pirata.

Mientras esto pasaba, las dos almirantes con sus escuadras se cañoneaban furiosamente, pero sin llegar á abordarse nunca, que en esto anduvo el enemigo poco valeroso, pues teniendo el mar y viento más en su abono, no se atrevía, lo que no hubiera rehusado el Marqués á trocarse los puestos, porque los nuestros, todos con igual valor y deseo de vencer, combatían sin diferencia alguna. Monsieur de Bailli tenía orden de ganar el viento con su escuadra y las galeras y combatir al enemigo por la retaguardia; ejecutólo felizmente á no hallar famosa resistencia en los galeones; pero uno de ellos quedó bien maltratado. Cerró la noche y cesó el combate, que ya era ardid del enemigo no permitir las peleas sino á la tarde, para que la noche diera treguas á ellas.

Sintióse mucho la pérdida del señor de Cange, porque era famoso navío y que había servido de almirante cuando el Arzobispo de Burdeus vino; pero esto se resarcía con el galeón de *Santo Thomas*, que sólo había tres años estaba fabricado, aquél treinta; éste de más cañones, aquél sólo de 52, y lo doloroso era sólo la vida del de Cange, que no se recuperaba con bajel alguno, ni á su valor y experiencia se hallaba igual.

Recogió el Marqués sus velas y púsose en seguimiento del enemigo, siempre á tres millas de distancia. Amaneció el día siguiente y calmó el viento para el enemigo, quedando algún poco en nuestro favor, y con él quiso el Marqués que nuestras galeras con los navíos de fuego atacasen al enemigo; no pudo lograrse, porque cesó totalmente el viento. Dentro dos horas volvió á moverse tan recio y favorable al enemigo como lo hubiera logrado en toda su navegación, y aun más, y á nosotros no, que el favore-



cernos menos era causa de llevar siempre una legua de ventaja. A la tarde, viendo nuestra almiranta que se le atravesaban las demás velas, hubo de recoger todas las suyas para aguardar los otros navíos. Ni esto bastó para que el enemigo la embistiera, ni aun haciéndose al mar. Estando en esto cerró la noche, y siguiente día ya no se descubrió la armada enemiga por parte alguna, y se juzgó se habría retirado á alguna isla á reparar sus daños.

Juntó Consejo el Marqués y resolvieron venirse á Barcelona, así para refrescar y rehacerse, como para la provisión de víveres. Entraron en la playa y dieron fondo el día 4 de Julio; púsose luego mano á todo, cargando bastimentos, municiones y todo lo necesario, y curar los heridos para volver presto en busca del enemigo.

Súpose por la gente que había escapado del navío del señor de Cange que el enemigo había perdido unos 50 hombrés del galeón, y que el capitán estaba herido en un brazo, y no podían asegurar si se había anegado ó muerto.

Sábado 5, estando aprestándose nuestra armada, señaló Monjuique la enemiga que navegaba hacia Levante. En la postura en que se hallaba el Marqués disparó á leva y fué en busca del enemigo con ánimo de darle batalla. Seis días navegó en su seguimiento procurándole ocasiones para llegar á las manos, pero siempre huyó el cuerpo á la pelea, y lo más que se consiguió fué que torciese su navegación á medio día y obligarle á cerrarse en el puerto de Mahó, que á no ser tan fuerte de naturaleza por su estrecha boca y guardarla un castillo en el mismo puerto, hubiera perecido á manos de la nuestra, que se restituyó á Barcelona el día 11 de Julio muy victoriosa, pues quedaba dueña del mar y el enemigo se retiraba huyendo la ocasión de llegar á batalla. Súpose que al enemigo se le habían disminuído 16 velas, ora sea retirándose á repararse en los puertos ó echadas á fondo, porque la vimos con 50 velas al venir, y al entrar en Mahó sólo eran 34.

Miguel Parets, *De los muchos sucesos dignos de mención que han ocurrido en Cataluña*, capítulo CXXV.

NÚM. 4.

Otras noticias de la batalla naval de Cataluña.

Carta dirigida al P. Pereira, de Madrid á 6 de Mayo de 1642, noticiando los aprestos de la armada que se hace en Cádiz, provisiones que se embar-



can, urcas de Flandes que se esperan y armadas de Dunquerque y de Nápoles que han de reunirse.

Memorial Histórico español, t. XVI, pág. 349.

Carta de D. de Saavedra, fecha en Málaga á 22 de Mayo, dando cuenta de la navegación de la armada desde el de Cádiz á este puerto y presas que hizo en el Estrecho.

Idem id., pág. 371.

Carta del P. Miguel González Villacastín, de Madrid á 22 de Mayo, participando las nuevas que corrían de haber peleado la armada francesa con cuatro navíos sobre Alicante y con las de Dunquerque en Vinaroz.

Idem id., pág. 385.

Carta del P. Martín Montero, de Madrid á 18 de Julio, con las noticias que circulaban de la batalla.

Idem id., pág. 429.

Carta de D. Gaspar de Aybar, de Madrid á 9 de Septiembre, con noticia de haber llegado á Rosas la armada y desembarcado el bastimento, sin que la de Francia haya vuelto á verse desde los encuentros pasados.

Idem id., pág. 457.

Declaración que el cabo de escuadra Pedro Gil prestó en Vinaroz á 8 de Julio, ante el veedor general D. Juan de Otáñez, de lo ocurrido en el encuentro de las armadas de España y Francia.

Idem id., t. XIX, pág. 285.

Carta de D. Melchor de Contreras, de Madrid á 8 de Julio, comunicando las noticias de la armada recibidas por conducto de su hermano don Rodrigo.

Idem id., pág. 286.

Carta del P. Sebastián González, de Madrid á 8 de Julio, con pormenores de la batalla.

Idem id., pág. 287.

Carta del P. Martín Montero, de Madrid á 26 de Julio, con otras noticias del combate y muerte del almirante Feijó.

Idem id., pág. 291.

Carta del Marqués de Leganés para la Reina, de Vinaroz, con nuevas de la batalla.

Idem id., pág. 293.

